

El Verbo de Dios encarnado, crucificado, sacramentado: he aquí el triple ideal y objeto de sus místicos amores. Con el Apóstol de las gentes pudo más bien decir que no sabía otra cosa que a Jesucristo, porque en esto sabía perfectamente todo cuanto para nuestra salvación y santificación es necesario. Y como, en frase del Ven. Granada, la devoción es lengua del alma y de la abundancia del corazón habla la boca, todo su afán y constante empeño era predicar y escribir acerca de tan dulcísimos misterios...

**Angel terrenal.**—«Intimamente unida con la piedad, leemos en la citada Enciclica *Ad Catholici Sacerdotii*, está aquella otra preciosísima perla del sacerdocio católico, la castidad, de cuya perfecta guarda en toda su integridad tienen los clérigos de la Iglesia latina constituidos en Ordenes mayores obligación tan grave, que su quebrantamiento sería además sacrílego».

No podía, pues, faltar en grado eminente este ornamento máximo y honor del sacerdocio católico en el dechado de sacerdotes perfectos que plugo a la Divina Bondad deparar a nuestra patria, para ejemplo y estímulo de cuantos profesamos este sublime estado. Antes, según testimonio unánime de sus distintos biógrafos y de cuantos le conocieron y trataron, practicó esta virtud en grado tan heroico y resplandeció en ella con tan notable excelencia, que arrebató los ojos y admiración de todos, y fué la cosa en que puso este santo varón más intenso cuidado, más vigilantes desvelos.

«La virtud de la castidad en el santo Maestro Avila—escribe el Ldo. Muñoz—fué rara, fué admirable, fué angélica; en el mirar, en sus palabras, en toda la compostura exterior, parecía la castidad misma: comunicaba en la naturaleza con los hombres, en la pureza con los Angeles, sin que jamás se le oyese palabra que fuese menos recatada o advertida». Y basta repasar sus libros y parar la atención en los repetidos pasajes en que—hablando a sacerdotes, a las vírgenes del Señor, o a almas piadosas del pueblo fiel—trata de esta virtud o del vicio contrario, para apreciar no sólo su gran conocimiento y elocuencia en la materia, sino su exquisito cuidado en la conquista de esta virtud, la vigilancia en su conservación, la destreza y fortaleza en pelear contra las tentaciones. «Sus palabras tan vivas—agrega aquí el citado Muñoz—, salidas de un pecho casto, infundían castidad; de suerte que jamás, por enemigos que fuvo,